

LA DIALÉCTICA DE PODER EN LA INTERSECCIÓN ENTRE LA IGLESIA CATÓLICA Y EL ESTADO EN BRASIL

[structures of conflict, adaptation, and sociopolitical influence]

LUIZ EDUARDO DE SOUZA PINTO¹
RAFAEL SOARES DUARTE DE MOURA²

Abstract

This article examines the complex relationship between the Catholic Church and politics in Brazil, analyzing how this religious institution has played a significant role in the country's political life from the colonial period to the present day. The study aims to investigate the strategies employed by the Church to maintain and expand its political influence, as well as to understand the internal power dynamics between conservative and progressive groups within the institution. The methodology is based on an extensive literature review, analyzing works that explore the intersection of religion and politics in the Brazilian context. The results indicate that the dialectical tension between conservative and progressive factions within the Church creates a continuous cycle of disputes that shapes both the institution's internal structure and the national political landscape. It is concluded that, despite internal divergences, the Catholic Church remains a central entity in Brazilian politics, with a remarkable capacity for adaptation and influence.

Keywords: Catholic Church, Brazilian politics, conservatism, progressivism, institutional strategies

Resumen

Este artículo aborda la compleja relación entre la Iglesia Católica y la política en Brasil, analizando cómo esta institución religiosa ha desempeñado un papel significativo en la vida política del país desde el período colonial hasta la actualidad. El objetivo del estudio es investigar las estrategias adoptadas por la Iglesia para mantener y expandir su influencia política, así como comprender las dinámicas internas de poder entre los grupos conservadores y progresistas que componen la institución. La metodología empleada se basa en una revisión bibliográfica extensa, analizando obras que exploran la intersección entre religión y política en el contexto brasileño. Los resultados indican que la tensión dialéctica entre las corrientes conservadoras y progresistas dentro de la Iglesia genera un ciclo continuo de disputas que moldea tanto la estructura interna de la institución como el escenario político nacional. Se concluye que la Iglesia Católica, a pesar de las divergencias internas, sigue siendo una entidad central en la política brasileña, con una notable capacidad de adaptación e influencia.

Palabras clave: Iglesia Católica, política brasileña, conservadurismo, progresismo, estrategias institucionales

¹ Pós-doutor em Ciência Política (UFMG), doutor em Sociologia (UFMG), mestre em Ciências da Religião (PUC-MINAS), Professor da Universidade Estadual de Montes Claros. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2396-0138>

² Pós-doutor em Direitos Humanos (UFG), doutor em Direito (UnB), Mestre em Direito (UFMG), Professor da Universidade Estadual de Montes Claros. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1104-491X>

DOI: 10.7764/RLDR.19.194

Fecha de recepción: 17-09-2024

Fecha de aceptación: 03-10-2024



1. INTRODUCCIÓN

La trayectoria histórica de la Iglesia Católica en Brasil está marcada por una profunda imbricación entre el poder religioso y el político, una relación que se remonta al período colonial y que se perpetúa, de manera transformada, hasta la actualidad. Desde su llegada a Brasil, la Iglesia Católica no se limitó al papel de guía espiritual; por el contrario, se insertó activamente en los procesos de formación y consolidación del Estado, ejerciendo una influencia que va más allá de las cuestiones religiosas y abarca las esferas cultural, social y política. La presencia constante de la Iglesia en el escenario político brasileño es el resultado de una institucionalidad que, a lo largo de los siglos, desarrolló una capacidad singular de adaptación, moldeando y siendo moldeada por las dinámicas de poder en juego.

Al analizar la relación entre la Iglesia Católica y la política, resulta imperativo reconocer la complejidad y la naturaleza multifacética de esta institución, cuya actuación trasciende la simple propagación de un mensaje de fe. La Iglesia, a lo largo de su historia, no solo buscó la evangelización, sino que también se posicionó como un actor político, empeñado en influir en el rumbo de la sociedad y del Estado. Sus objetivos, lejos de ser únicamente espirituales, implican el mantenimiento de su prestigio, la expansión de su influencia sobre las estructuras de poder y la salvaguarda de sus intereses financieros y políticos. Esta dimensión institucional de la Iglesia se revela particularmente sofisticada, ya que no se trata de una entidad monolítica, sino de una organización que alberga, en su interior, una diversidad de corrientes ideológicas que con frecuencia están en conflicto.

La Iglesia Católica, con su dimensión multinacional y heterogénea, constituye un campo de tensión constante entre visiones conservadoras y progresistas. Estos grupos internos, que a menudo asumen posiciones diametralmente opuestas, se involucran en disputas que no son meramente teóricas, sino que se materializan en estrategias concretas de acción en el campo político y religioso. Esta dialéctica interna está caracterizada por un movimiento continuo de tesis y antítesis, en el cual cada grupo busca consolidar y expandir su influencia, tanto dentro de la institución como en la sociedad en general. La resultante de esta competencia es un ciclo perpetuo de transformación y adaptación, donde los impactos internos, provocados por estas disputas, reverberan en la esfera pública, moldeando el papel de la Iglesia en la política brasileña.

Históricamente, la Iglesia Católica en Brasil ha oscilado entre una postura conservadora, que busca preservar las tradiciones y el orden establecido, y una vertiente progresista, que busca alinear la fe religiosa con las demandas de justicia social y transformación política. Esta paradoja no solo es una característica de su estructura interna, sino que también se refleja en su actuación pública. A lo largo del siglo XX, por ejemplo, la Iglesia desempeñó un papel fundamental en la organización y el apoyo a movimientos sociales de gran envergadura, como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y diversas pastorales que se dedican a causas como la infancia, el trabajo y la tierra. Estos movimientos, a menudo nacidos de sectores progresistas dentro de la Iglesia, contrastan con las resistencias conservadoras, que buscan mantener la alianza con el establishment político y preservar los valores tradicionales.

El advenimiento de la Neocristiandad a principios del siglo XX ejemplifica la estrategia de la Iglesia de reinventarse para mantener su relevancia en el escenario político. Este movimiento, que buscaba la recristianización de Brasil, se caracterizó por un intento de reaproximar a la Iglesia al Estado, restaurando su influencia en los entramados políticos de la República y reafirmando sus valores en la cultura y la moral pública. Para ello, la Iglesia se movilizó organizando movimientos laicos que desempeñaron un papel crucial en la reconstitución de su presencia institucional en el Estado. Estos movimientos, aunque orientados por la jerarquía eclesiástica, funcionaron como canales de difusión de los principios católicos, especialmente entre la clase media urbana, y

contribuyeron a la consolidación de la influencia católica en las políticas públicas y en la sociedad en general.

En la década de 1930, la lógica de la Neocristiandad se reveló eficaz en el mantenimiento del poder de la Iglesia, que entonces disfrutaba de un monopolio religioso virtual y desarrollaba vínculos estrechos con las élites económicas y políticas. Esta fase estuvo marcada por la inserción de la Iglesia en la clase obrera, a través de la creación de asociaciones civiles de trabajadores católicos, que buscaban promover la elevación social y económica de los proletarios, fortaleciendo así los lazos entre la Iglesia, el Estado y la sociedad. La institucionalización de los Círculos Obreros permitió que la Iglesia se convirtiera en un canal directo de comunicación con la clase trabajadora, ampliando su influencia en las cuestiones sociales y políticas de la época.

A partir de la década de 1970, se observa un fortalecimiento de las corrientes progresistas dentro de la Iglesia, particularmente con el ascenso de la Teología de la Liberación. Este movimiento, que proponía una crítica contundente al capitalismo y las desigualdades sociales, fue un hito en la movilización política de las clases populares bajo el amparo de la fe católica. Las pastorales sociales, el clero y los laicos progresistas actuaron de manera articulada, promoviendo la concienciación política y la organización de los sectores marginados de la sociedad. En contrapartida, las resistencias conservadoras, que se oponían a esta tendencia, se organizaron para preservar el orden y alinearse con el poder establecido, resultando en una polarización interna que repercutió en la actuación política de la Iglesia en su conjunto.

Durante la década de 1980, con el debilitamiento de la influencia de la Iglesia en el ámbito social, los sectores progresistas buscaron intensificar la participación laica en la política, promoviendo una democratización de las estructuras eclesíásticas y alterando los procesos de toma de decisiones dentro de la institución. Aunque hubo una reducción del poder tradicional de la Iglesia, esta fase estuvo marcada por la creación de prácticas más democráticas e inclusivas, que contribuyeron a la reducción del autoritarismo en la sociedad brasileña y al fortalecimiento de las bases populares dentro de la Iglesia.

Por lo tanto, el análisis de la relación entre la Iglesia Católica y la política en Brasil no debe limitarse a la simple constatación de su participación. El verdadero desafío radica en comprender cómo esta institución, con sus múltiples facetas y estrategias, se involucra en el escenario político y cómo sus diferentes grupos internos articulan sus acciones para preservar y expandir su influencia. La historia de la Iglesia en Brasil es, por tanto, una narrativa de adaptación y resistencia, en la que el conservadurismo y el progresismo coexisten en una dialéctica constante, moldeando no solo la propia institución, sino también el panorama político y social del país.

2. LA IGLESIA CATÓLICA Y LA POLÍTICA EN BRASIL: UN CAMPO DE INTERACCIONES Y DISPUTAS SECCIÓN II

Históricamente, la Iglesia Católica ha ejercido un papel político en Brasil. Por su dimensión multinacional y heterogénea, es una institución compleja, dotada de visiones conflictivas en su interior. Los católicos progresistas declaran la opción por los pobres, una concepción gestada en 1968, durante la II Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe, en Medellín, Colombia. En esa Conferencia, los obispos definieron que la Iglesia debía posicionarse frente al cuadro de pobreza y desigualdad social que caracteriza a América Latina.

Ante este posicionamiento, los movimientos progresistas dentro de la Iglesia Católica ganaron impulso y desarrollaron prácticas de movilización y organización junto a los movimientos y clases populares, haciendo énfasis en la concienciación y formación de agentes sociales que actúan de forma *anti-establishment* y que operan en el trabajo pastoral con las clases populares (campesinos, obreros y población urbana de bajos ingresos).

Los involucrados en esta ala están comprometidos con los estratos sociales más bajos y con la masa que compone la mayoría de la población (Souza 2018). El pensamiento progresista católico se consolidó a partir de la década de 1940, teniendo como exponentes a Marie Dominique Chenu, Jean Daniélou, Jean Yves Calvez, Henri de Lubac, Christian Duquoc, Louis Joseph Lebret, Emmanuel Mounier, Teilhard de Chardin, François Perroux, Henry Desroche y Jacques Maritain.

Los conservadores son tradicionalistas y, en este círculo católico, hay resistencia a la modernidad y énfasis en el orden y los valores de la tradición. Estos defienden la familia formada por la unión estable entre hombre y mujer y la promoción de valores vinculados a las costumbres cristianas (Silveira 2018). El ala conservadora de la Iglesia Católica en Brasil mantuvo la hegemonía en la jerarquía eclesiástica hasta la década de 1940, con exponentes como el Cardenal Dom Leme, Jackson de Figueiredo, el padre Leonel Franca, Gustavo Corção y Alceu Amoroso Lima.

Aunque la jerarquía católica es mayoritariamente conservadora, la Iglesia cuenta con grupos progresistas de considerable influencia. Líderes católicos, entre los cuales parte del episcopado de la CNBB, han incentivado la formación y el mantenimiento de organizaciones populares que actúan desde una perspectiva *anti-sistema* y que refuerzan agendas modernizadoras e innovadoras en el ámbito social y político. Fue a través de la capacidad de actuar junto a iniciativas populares y no por medio de negociaciones con la élite que la Iglesia tuvo mayor impacto político (Mainwaring 2004).

La Iglesia Católica proporcionó instrumentos, apoyo intelectual y logístico que colaboraron en la formación y organización de movimientos sociales de alcance nacional, como el MST, y de las pastorales sociales como la Pastoral de la Infancia, la Pastoral Obrera y la Pastoral de la Tierra. Al mismo tiempo que el ala progresista de la Iglesia Católica estimuló organismos que desarrollaban acciones en el campo sociopolítico, intelectuales católicos fueron artífices de documentos y planes pastorales que difundían las producciones académicas elaboradas por la sociología y la economía marxista (Löwy 1991). De esta manera, la Iglesia Católica dio visibilidad a movimientos y grupos sociales generalmente desatendidos por las élites gubernamentales.

Al mismo tiempo conservadora y progresista, la Iglesia Católica es una institución presente en la política brasileña, hecho que puede observarse a lo largo de la historia nacional (Oliveira, 2011). Más cercana al Estado y a las clases dominantes hasta el golpe de 1964, las lideranzas católicas entraron en conflicto con el gobierno de la dictadura militar. “A partir de ese momento,

la Iglesia Católica se convirtió en uno de los centros más fuertes de oposición institucional al gobierno dictatorial” (Tavares 2012).

Durante el gobierno militar en Brasil (1964-1985), la Iglesia se convirtió en un foco de resistencia al régimen dictatorial. Sacerdotes, obispos, religiosos y laicos católicos defendieron la libertad de los presos políticos, se manifestaron a favor de los derechos humanos que fueron violados por los militares en el gobierno y asumieron la causa de la democracia, además de colaborar con organizaciones populares progresistas (Moreira 2004). “Durante el período de mayor represión (1968-1974), la Iglesia con frecuencia era la única institución con suficiente autonomía política para criticar el régimen autoritario y para defender los derechos humanos” (Mainwaring 2004).

Terminada la dictadura, la Iglesia Católica adoptó la estrategia de actuar tanto junto a los sectores populares como a la élite política, y como resultado de este estratagema, continuó ejerciendo influencia política en el país. Desde algunos sectores progresistas, la institución se hizo presente en las actividades de sindicalización y de educación popular. Se crearon instrumentos para influir en prácticas políticas en el campo por medio de la Comisión Pastoral de la Tierra (CPT) y entre los pueblos indígenas a partir del Cimi. La politización de jóvenes y trabajadores se llevó a cabo a través de las pastorales juveniles y obreras que ganaron impulso ancladas en perspectivas progresistas.

En ese mismo período, en sentido contrario, se organizaron resistencias conservadoras como la TFP (Tradición, Familia y Propiedad), que se alineaban con el poder político para combatir el comunismo y asegurar el orden.

Al tratar de la relación entre la Iglesia Católica y la política, es necesario considerar el carácter institucional de esta organización religiosa, cuyo objetivo es propagar su mensaje. El contenido de este mensaje no está exento de intereses, ya que los objetivos de una organización religiosa abarcan desde el mantenimiento de su unidad, la preservación de su prestigio en el ámbito religioso, la influencia en la sociedad y en el Estado, hasta la expansión del número de

adeptos y su poder financiero y político (Mainwaring 2004).

La tendencia de proteger intereses organizacionales ha sido y seguirá siendo, de esa manera, un elemento clave en la implicación de la Iglesia Católica en la política. Incluso, la dimensión tradicional de la Iglesia de salvación para todos (en oposición a los pocos elegidos) es fundamental en su intento de incluir en sí misma a todas las clases sociales y a individuos con credos políticos extremadamente diversos [...] Este esfuerzo por atraer a todos impone un carácter de cautela al Vaticano y a las Conferencias Nacionales de Obispos, cautela que no necesariamente implica una postura políticamente conservadora, sino que tiene como objetivo evitar la polarización y los cambios radicales (Mainwaring 2004, pp. 16-17).

La Iglesia Católica es la institución religiosa con mayor cantidad de adeptos en Brasil (Brandão y Jorge 2019). Dentro de esta compleja organización religiosa, la tensión entre conservadores y progresistas es constante. Y para mantener su estructura, esta institución acoge a diferentes grupos en su interior. Por lo tanto, la Iglesia tiende a reprimir movimientos, grupos y organismos que puedan amenazar su capacidad de atraer fieles de distintas clases y perspectivas ideológicas.

La jerarquía católica ha suprimido o cooptado movimientos sectarios dentro de la institución, y de esta manera, mantiene (no sin tensiones) su pluralidad (Mainwaring 2004). Debido a esta condición, los católicos conservadores y progresistas se ven continuamente obligados a hacer concesiones, con el fin de evitar el sectarismo. Sin embargo, la Iglesia no es una institución estática. Está envuelta en graduales transformaciones, y las disputas entre conservadores y progresistas crean un movimiento dialéctico que genera un círculo continuo de cambios que provocan transformaciones en el catolicismo.

La lógica dialéctica hace que la Iglesia Católica esté en un continuo proceso de cambio, ya sea en la forma en que interactúa con los laicos, con la sociedad, con la política o incluso en su conjunto de reglas y determinaciones internas. Y al mismo tiempo que sufre alteraciones

provocadas por disputas internas, la institución busca expandir su influencia y su prestigio en el ámbito religioso. Por eso, el catolicismo se adapta y se transforma continuamente. Sus intereses la obligan a realizar modificaciones que estén en consonancia con las transformaciones que ocurren en la sociedad.

A pesar de las disputas internas y externas, la Iglesia Católica en Brasil busca un equilibrio entre el cambio y la continuidad, entre la comunidad y la institución, entre la base y la jerarquía (Mainwaring 2004), lo que permite su flujo de interacciones con la sociedad. A finales de la década de 1960, obispos progresistas actuaron a favor de las garantías civiles individuales y de los derechos políticos, constituyendo una vertiente del pensamiento político y social brasileño a favor de la promoción social y la reducción de la desigualdad social y económica en el país.

En la década de 1980, a pesar de los nombramientos de obispos conservadores realizados por Juan Pablo II y los esfuerzos del Vaticano por neutralizar a teólogos y religiosos adeptos de pensamientos contrarios al sistema capitalista, organismos como las pastorales sociales, las Comunidades Eclesiales de Base, y los grupos de fe y política resignificaron perspectivas progresistas como la Teología de la Liberación e incorporaron nuevas demandas, como las luchas ambientales.

Si en el pontificado de Juan Pablo II la Iglesia se distanció de acciones políticas progresistas, el papado se acercó de forma más explícita a este espectro tras la elección del Papa Francisco, lo que provoca consecuencias en la jerarquía y en la militancia católica (Semán 2018). El actual líder del catolicismo proyecta la política como una forma de caridad, lo que estimula la participación de laicos en las discusiones y en los procesos políticos (Pace 2018).

Cuando se promueve la relación entre religión y política, se produce una interacción que hace que individuos provenientes de una sociabilidad religiosa se sientan estimulados a incorporar procesos de militancia política y viceversa, es decir, itinerarios biográficos marcados por lo político que se transmutan en identificaciones religiosas y viceversa. En ambos casos, el agente movilizará sus capitales simbólicos. En un proceso simbiótico, hay militantes católicos que tienen como

objetivo la transformación social en su lucha contra el neoliberalismo y cuadros políticos que se insertan en el comunitarismo católico (Semán 2018).

La Iglesia Católica tiene la capacidad de promover cambios internos y desarrollar nuevos vínculos con la sociedad y con los sistemas políticos. Esto ocurre porque, aunque las organizaciones religiosas se erigen a partir de inspiraciones supraracionales, estas instituciones desarrollan preocupaciones con prácticas y roles institucionalizados cuyos objetivos son la autopreservación y expansión, lo que en este aspecto une a las diversas corrientes internas (Mainwaring 2004). La Iglesia Católica necesita una vasta estructura organizacional y un modelo administrativo jerarquizado, dada la complejidad del catolicismo. Aunque sea jerárquica y tradicionalista, las transformaciones en la Iglesia pudieron observarse a partir de la década de 1960, cuando se dio paso a un escenario más progresista.

En el proceso de transformación de secta a Iglesia, las organizaciones religiosas generalmente desarrollan alianzas con el Estado y con las élites como forma de asegurar su posición institucional. Simultáneamente, la base social de la religión frecuentemente cambia, ya sea a través de la ascensión de las clases sociales que originalmente crearon los movimientos religiosos, o mediante la sustitución de sectores de bajos ingresos por segmentos más acomodados. Este cambio acentúa la tendencia de las organizaciones religiosas a ser políticamente conservadoras. [...] Es dentro de este contexto histórico de relativa rigidez y conservadurismo político que deben comprenderse los recientes cambios en la Iglesia Romana. Por un lado, el catolicismo romano ha sufrido cambios significativos, y a la Iglesia brasileña le ha correspondido un papel de liderazgo en este proceso. En raros periodos, desde la fusión entre la Iglesia y el Estado (bajo Constantino), la Iglesia ha experimentado cambios de tal magnitud. Después de más de un siglo combatiendo la modernización, desde la Segunda Guerra Mundial y especialmente tras el pontificado de Juan XXIII, la Iglesia ha comenzado a abrirse al mundo moderno (Mainwaring 2004, p. 23).

Desde el siglo XVI, la Iglesia Católica venía adoptando formas de organización institucional pautadas en la autoridad. Esta condición fue alterada particularmente debido a los efectos del

Concilio Vaticano II (1962-1965). En esta asamblea de obispos se ampliaron las perspectivas relativas a la reforma litúrgica, la relación de la Iglesia con el mundo, entre otras innovaciones, incorporando un conjunto de demandas consideradas avanzadas, y parte de sus documentos finales fue considerada progresista (Brito 2010, p. 82). A partir del Concilio “se concibe la idea de la Iglesia como el pueblo de Dios, otorgando un papel mayor al laicado. Y desde Juan XXIII ha habido intentos, especialmente en América Latina, de mezclar la fe católica con el cambio político radical” (Mainwaring 2004).

Dos documentos producidos por Juan XXIII y Pablo VI sustentan las posiciones progresistas de la Iglesia: la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (1965) y la Carta Encíclica *Populorum Progressio* (1967).

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, promulgada en 1965, al final del Concilio, afirma que las instituciones, sean cuales sean, deben atender a los individuos y combatir toda forma de sujeción política y social, salvaguardando bajo cualquier régimen político los derechos humanos fundamentales. La Constitución Pastoral también incentiva la participación popular en los asuntos de interés público, y al mismo tiempo, el documento critica el modelo capitalista que provoca desigualdad económica y social, mencionando que el progreso económico debe ser regulado para que las familias y los trabajadores no sobrevivan en condiciones precarias. El documento menciona que el trabajo humano, ejercido en la producción e intercambio de bienes económicos y en la prestación de servicios, no debe ser instrumentalizado, ya que “dado que la actividad económica es, en la mayoría de los casos, fruto del trabajo asociado de los hombres, es injusto e inhumano organizarla y disponerla de tal manera que perjudique a alguno de los que trabajan” (Concilio Vaticano II 1965).

La Constitución Pastoral critica la concentración de tierras, un bien que debe destinarse a la colectividad; rechaza la política monetaria que no asegura empleo ni ingresos a una masa de individuos económicamente precarizados, y finalmente, incentiva a la comunidad católica a colaborar en actividades políticas.

Las pautas y las cuestiones presentadas por la *Gaudium et Spes* (1965) muestran un avance progresista en la visión de la Iglesia que venía gestándose antes de la década de 1960, pero que durante el Concilio ganó vitalidad. En 1967, Pablo VI publica la Carta Encíclica *Populorum Progressio*, que trata sobre el desarrollo de los pueblos, cuyo tema central son las medidas en favor de los pueblos considerados subdesarrollados. El texto de la Encíclica alerta sobre la pobreza a nivel global en contraste con la concentración de recursos, lo que genera desigualdad entre los pueblos. La Encíclica señala que la propiedad privada debe estar subordinada a la justicia social y critica el colonialismo y la promoción del capitalismo a cualquier costo, elevándolo a un valor supremo.

El carácter institucional de la Iglesia Católica y su deseo de universalización imponen restricciones a giros bruscos y generan obstáculos a cualquier tipo de pensamiento unilateral. Esta organización religiosa mantiene el ideal de universalización para poder estar inserta en todas las esferas políticas y entre varios pueblos, y por eso evita posturas radicales y posiciones ideológicas. Al atender a intereses diversos, la historia del catolicismo se construye con períodos de avances en el campo progresista y de mantenimiento del conservadurismo.

La Iglesia es conservadora para preservar su poder e intereses junto a las élites; sin embargo, los avances progresistas son constantes, incluso como resultado de los procesos políticos externos a ella (Mainwaring 2004; Caldeira 2011; Azzi 2008; Júnior 2018).

La transformación de la Iglesia en Brasil, El Salvador y Nicaragua también cuestiona la creencia de que la religión institucionalizada es una fuerza conservadora que sirve de paliativo al sufrimiento de las masas y de apoyo para la dominación de las élites. [...] Como cualquier institución, una Iglesia está influenciada por los cambios en la sociedad en general. Los conflictos sociales y la forma en que el Estado trató de resolverlos o suprimirlos determinaron en gran medida estas ideologías y concepciones de la política. La lucha política puede hacer que las identidades sociales y las ideologías sean repensadas, creando nuevas identidades e ideologías. [...] Esto fue lo que sucedió con la Iglesia Católica en Brasil. A medida que la Iglesia se preocupaba más por su misión social, el cambio y el conflicto

político la afectaban de nuevas maneras. [...] La identidad de la Iglesia se modificó principalmente porque el proceso político más amplio generó nuevas concepciones de la sociedad y del papel de la Iglesia dentro de ella (Mainwaring 2004, p. 25).

El impacto de la organización religiosa en la política y de la política en la organización religiosa depende de la dimensión del aparato institucional religioso. Los grupos religiosos cerrados y herméticos tienden a tener menor influencia en los procesos políticos, y, de manera concomitante, estarán menos sujetos a las consecuencias externas. Las organizaciones con un aparato administrativo más amplio, un número elevado de fieles y ramificaciones en varios estratos de la sociedad están más propensas a participar en el juego político y, en consecuencia, están más sujetas a factores políticos externos. “Es importante considerar las formas en que la Iglesia influye en el proceso político. La Iglesia no es solo un objeto de cambio; como institución, también ejerce influencia sobre la transformación política” (Mainwaring 2004).

3. LA IGLESIA CATÓLICA EN EL CAMPO POLÍTICO BRASILEÑO

La relación entre la Iglesia Católica y la política en Brasil existe desde el período colonial. La dominación portuguesa sobre Brasil se desarrolló a través de empresas distintas y complementarias: la conversión de indígenas y la ocupación territorial. La Compañía de Jesús fue encargada por la Corona portuguesa de convertir a los indígenas en súbditos. En el siglo XV, la monarquía lusa y los pontífices católicos realizaron el acuerdo que resultó en el *padroado*, por el cual el monarca tenía el derecho de nombrar sacerdotes y obispos, y en contrapartida, los reyes asumían la misión de convertir a los colonos a la fe católica.

La expansión imperialista y la conversión cristiana ocurrieron a través de un proceso de interacción. Era la conquista del territorio y la ampliación del catolicismo funcionando como un mismo proceso. El proyecto colonizador portugués pretendía simultáneamente conquistar nuevas tierras para la propiedad lusitana y transformar a la población de esos territorios en súbditos. En

este sistema, correspondía a la Corona el uso de las tropas y la fuerza, mientras que a los clérigos les correspondía la justificación de la dominación política y religiosa de la metrópoli.

En el siglo XVI, en Brasil, el trabajo esclavo fue utilizado en gran escala en la agricultura. Para el trabajo manual en los grandes latifundios, se realizó la importación masiva de esclavos africanos. A lo largo del período colonial, los negros esclavizados fueron integrándose en espacios urbanos y rurales, desempeñando actividades manuales en los ingenios de azúcar, tareas domésticas e incluso funciones comerciales. La actividad esclavista se convirtió en el pilar de la producción económica de la colonia. De esta manera, el gobierno colonial y los propietarios de esclavos buscaban mantener a los negros dentro de la organización y estructura dominantes. En este panorama, la fe católica se convirtió en el instrumento que legitimaba el mantenimiento del orden social (Azzi 2008).

Durante el período en que la Iglesia Católica tenía preeminencia en Brasil sobre cualquier otra institución religiosa, los beneficios concedidos por la Corona portuguesa se destinaban exclusivamente a los católicos, quienes incluso eran premiados con tierras. Aunque existía un control policial sobre los cultos religiosos y una inspección al clero por parte del Estado, la primera Constitución de Brasil (1824) declaró a Brasil un país oficialmente católico (Cifuentes, 1989). El proceso de formación de la sociedad burguesa en Brasil también contó con la participación de la Iglesia Católica. La constitución de la burguesía brasileña presentó dos polos clave: la burguesía agraria y la urbana-industrial, ambas en disputa por la hegemonía.

La burguesía agraria, compuesta por la antigua clase señorial de tradición esclavista, se basaba desde las últimas décadas del siglo XIX en la caicultura. La burguesía industrial, por su parte, se establecía en las primeras décadas del siglo XX como fruto parcial del capital que provenía de la caicultura y que comenzó a aplicarse en la producción de bienes manufacturados.

Debido al ascenso de la burguesía industrial, surge la clase formada por trabajadores y obreros sometidos a la explotación típica del inicio del proceso de industrialización. Estos obreros enfrentaban largas jornadas de trabajo y condiciones laborales insalubres, utilizando la mano de

obra de niños, hombres, mujeres y ancianos pagados con salarios bajos. El proyecto de modernización industrial brasileño no contaba con una legislación laboral, por lo que los trabajadores desarrollaron asociaciones como forma de protegerse mutuamente. Dos sectores de la sociedad influyeron en este proceso: el Ejército, a través de la fuerza represiva de las armas, y la Iglesia Católica, que desempeñaba el papel de legitimación del sistema de explotación de la clase trabajadora.

Vinculada históricamente a la clase señorial, la Iglesia, con el objetivo de no perder su espacio político e influencia social, defendió a la burguesía agraria, pero a partir de 1920 comenzó a actuar en consonancia con la burguesía industrial y en favor del modelo capitalista.

En las décadas siguientes, las lideranzas de la jerarquía católica comenzaron a estimular una mayor participación de los laicos en la actividad política, como forma de garantizar que el Estado fuera influenciado por los principios cristianos. Los fieles constituían el brazo secular de la Iglesia en la administración pública. El Congreso Eucarístico de 1922, parte de las celebraciones del Centenario de la Independencia de Brasil, es un hito en la relación entre la Iglesia y el Estado, fase designada como la Restauración Católica. Durante este período, los católicos empezaron a tener mayor presencia en las actividades públicas para garantizar el predominio de los principios del orden y la autoridad. Las lideranzas eclesiásticas proyectaban inculcar en la sociedad los valores tradicionales del catolicismo, además de influir en las normas de comportamiento individual, familiar y social (Azzi 2008).

Entre las décadas de 1920 y la primera mitad de la década de 1930, se crearon diversas organizaciones católicas con el objetivo de ampliar la participación laica en Brasil, para que los fieles actuaran como militantes católicos capaces de influir en las élites económicas y políticas en diferentes segmentos sociales. La Acción Católica Brasileña, el Centro Dom Vital, la Unión Popular, la Alianza Femenina, la Congregación Mariana, la Liga Electoral Católica, la Liga Brasileña de Señoras Católicas y la Juventud Universitaria Católica atendían a sectores específicos de la sociedad (Cancian 2016).

En la década de 1970, la Iglesia Católica se acercó a los sindicatos, movimientos sociales y grupos de militantes contrarios a la dictadura militar, y en la década siguiente, los obispos defendieron las elecciones presidenciales directas. Durante el período entre las décadas de 1960 y 1970, los intelectuales católicos progresistas comenzaron a cuestionar el poder dominante, influenciados por la Teología de la Liberación y por la idea de que la religión no es solo un sistema de creencias, sino un canal capaz de transformar la vida social.

A finales de la década de 1970, Juan Pablo II comenzó a implementar un modelo conservador que desfavorecía la Teología de la Liberación; los grupos progresistas fueron desarticulados y desmovilizados, y la Iglesia Católica, de manera paulatina, comenzó a perder conexiones con la masa y los movimientos populares. Esta línea de acción fue seguida por Benedicto XVI en el siglo XXI. El debilitamiento del ala progresista católica y el aumento del número de evangélicos en el escenario religioso brasileño redujeron el poder del catolicismo para influir en la política. No obstante, el catolicismo sigue siendo un elemento relevante a considerar como potencia para influir en el escenario político.

Cancian (2016) enumera una serie de hipótesis, compuestas por ocho supuestos, sobre la relación entre la Iglesia Católica y el Estado que sirven para analizar la matriz del poder político de esta institución religiosa en toda América Latina.

El primer supuesto es que el catolicismo es parte inseparable de la historia, la sociedad y la política de los países que conforman América Latina. Esta interrelación existe desde el inicio del proyecto colonial, cuando el catolicismo se fusionó con las estructuras políticas de dominación, lo que garantizó a la Iglesia el monopolio de la fe.

El segundo supuesto es que el fin de la colonización de los países latinoamericanos resultó en la fragmentación política de la región, lo que dio lugar a diversos procesos de emancipación y construcción de estados nacionales. Sin embargo, el cristianismo continúa asegurando el estatus de religión mayoritaria en América Latina.

El tercer supuesto es que en la mayoría de los países latinoamericanos la Iglesia y el Estado

se encuentran en una situación de cohesión, aunque la adaptación institucional del catolicismo a las estructuras de poder político varió entre los países.

El cuarto supuesto sostiene que la asociación del catolicismo con las estructuras de poder político convierte a las Iglesias católicas latinoamericanas en instituciones de control social, lo que las transforma en organizaciones conservadoras que buscan preservar el orden y los intereses de las fuerzas sociales dominantes.

El quinto supuesto es que la Iglesia Católica es vista como una institución religiosa encargada de otorgar bienes simbólicos para satisfacer los intereses y demandas de grupos o de la sociedad en su conjunto, lo que le otorga poder para gestionar los bienes de salvación.

El sexto supuesto es que la Iglesia Católica es una organización de vasta amplitud, tanto en su extensión en los espacios sociales como en términos de diferenciación interna. A pesar de su heterogeneidad, tiene una disposición jerarquizada, con normas y sanciones disciplinarias que regulan la conducta interna del clero y las relaciones de la Iglesia con la comunidad laica. Además, cuenta con mecanismos de reclutamiento y formación de nuevos miembros. La producción teológica católica, así como su doctrina, abarca una extensa gama de cuestiones que van desde la naturaleza metafísica, hechos y acontecimientos históricos, hasta interdicciones y prescripciones morales relacionadas con la vida íntima de los individuos, que son socialmente aceptadas.

El séptimo supuesto es que la Iglesia Católica es una organización supranacional, compuesta por Iglesias que operan en los territorios de los Estados nacionales, donde clérigos y laicos actúan en unidades administrativas que son arquidiócesis, diócesis, prelaturas, parroquias, pastorales, comunidades y organismos asistenciales y educativos, todos ellos regidos por la Santa Sede. A pesar de la complejidad organizacional y la diversidad interna, la Iglesia Católica mantiene una unidad administrativa.

El octavo supuesto es que la unidad fundamental de poder en la Iglesia Católica es la diócesis, una división territorial bajo la administración eclesiástica de un obispo. Es allí donde se implementan las actividades pastorales y de evangelización, bajo la supervisión de un obispo

subordinado al Papa, lo que garantiza la jerarquización y el control horizontal que sustentan la unidad y el poder de la organización católica.

4. CONSIDERACIONES FINALES

El análisis de la interacción entre la Iglesia Católica y la política en Brasil revela una institución multifacética, cuya influencia se manifiesta de manera diversa a lo largo de los diferentes períodos históricos, reflejando las complejidades internas y los contextos sociopolíticos cambiantes. Desde los inicios de la colonización, la Iglesia se estableció como una entidad fundamental en la configuración de las estructuras de poder, actuando simultáneamente como brazo espiritual y político de la Corona portuguesa. Esta simbiosis originó un modelo de cristiandad en el que la religión y la política se reforzaban mutuamente, contribuyendo a la consolidación de un orden colonial basado en la dominación cultural y social.

Con el proceso de romanización iniciado en el siglo XIX, la Iglesia Católica en Brasil pasó por una reestructuración institucional que buscaba alinear las prácticas locales con las directrices universales emanadas del Vaticano. Este movimiento no solo reafirmó la autoridad de la Iglesia sobre sus fieles, sino que también marcó una transición de una Iglesia asociada al poder colonial hacia una institución que buscaba consolidar su influencia en un contexto de nación independiente. La romanización, al centralizar y normatizar las prácticas religiosas, fortaleció la capacidad de la Iglesia para actuar como un agente cohesionado y poderoso, capaz de intervenir de manera decisiva en los debates y disputas políticas que caracterizaron a Brasil a lo largo del siglo XX.

Sin embargo, la relación entre la Iglesia y el Estado brasileño no ha sido lineal ni estática; al contrario, ha estado permeada por tensiones, negociaciones y rupturas. Durante el período republicano, la Iglesia Católica se adaptó a nuevas realidades políticas, en algunos momentos colaborando estrechamente con el Estado, como en la fase de la Neocristiandad, y en otros posicionándose como una fuerza crítica y de resistencia, como ocurrió durante los años de la

dictadura militar. La Teología de la Liberación, que emergió en este contexto, representa un punto de inflexión en la trayectoria de la Iglesia, introduciendo una perspectiva que vinculaba la fe religiosa a una práctica política de carácter emancipatorio, especialmente entre las clases populares.

La actuación de la Iglesia Católica durante la dictadura militar brasileña (1964-1985) ejemplifica la capacidad de la institución de articular una postura crítica en relación con el poder establecido, utilizando su estructura eclesial para promover una agenda de derechos humanos y justicia social. En este sentido, la Iglesia se convirtió en uno de los principales baluartes de la oposición al régimen autoritario, movilizando tanto al clero como a los laicos en torno a una causa que trascendía las fronteras religiosas e ingresaba en el campo de la militancia política. La resistencia católica durante este período no solo consolidó a la Iglesia como una entidad política significativa, sino que también contribuyó a la formación de una cultura de contestación que influiría en las generaciones posteriores.

Con la ascensión de Juan Pablo II y, posteriormente, de Benedicto XVI, se observó un intento de revertir las tendencias progresistas que habían ganado fuerza en las décadas anteriores. Este período estuvo marcado por un retorno al conservadurismo, con la desmovilización de los grupos alineados con la Teología de la Liberación y el fortalecimiento de una visión más tradicionalista de la fe católica. Este cambio de orientación tuvo profundas implicaciones para la política eclesial y la relación de la Iglesia con los movimientos sociales y populares, resultando en un alejamiento gradual de las bases que habían sido fortalecidas en las décadas anteriores.

No obstante, la elección del Papa Francisco trajo una nueva dinámica a la Iglesia Católica, con un discurso que recupera elementos progresistas y reorienta la política eclesial hacia un enfoque más inclusivo y orientado a la justicia social. Francisco, al enfatizar la política como una forma de caridad, promovió una revitalización de la participación laical y una reaproximación de la Iglesia a las causas populares, reconfigurando las relaciones internas y las estrategias de compromiso político de la institución.

En síntesis, la historia de la Iglesia Católica en Brasil está marcada por una dialéctica constante entre tradición e innovación, entre conservadurismo y progresismo. Esta dialéctica no solo define la actuación de la Iglesia en el campo político, sino que también moldea su influencia sobre la sociedad brasileña en general. La capacidad de la Iglesia para adaptarse a los cambios políticos y sociales, al mismo tiempo que preserva sus estructuras fundamentales, es un testimonio de su resiliencia y de su continua relevancia como una de las principales instituciones en el escenario político y social del país.

Las complejas interacciones entre la Iglesia y la política en Brasil, por lo tanto, no pueden comprenderse de manera simplista. Reflejan una multiplicidad de factores, incluidas disputas internas entre diferentes corrientes ideológicas, la búsqueda de la preservación del poder institucional y las respuestas a las presiones externas, tanto políticas como sociales. La Iglesia Católica, a lo largo de su historia, ha demostrado una notable capacidad para transformarse y renovarse, incluso frente a desafíos significativos, manteniéndose como un actor político de relevancia y de influencia incuestionables.

REFERENCIAS

- AZZI, R., 2008. *A Igreja Católica na formação da sociedade brasileira*. Aparecida, SP: Editora Santuário. (Coleção Cultura e Religião)
- BRANDÃO, A. A. P., & Jorge, A. L. (2019). La reciente fragmentación del campo religioso en Brasil: en busca de explicaciones. *Revista de Estudios Sociales*, 1(69), 79-90. <https://doi.org/10.7440/res69.2019.07>
- BRITO, L. L., 2010. Medellín e Puebla: epicentros do confronto entre progressistas e conservadores na América Latina. *Revista Espaço Acadêmico*. Rio de Janeiro, 111, 81-89. Disponible en: <http://www.periodicos.uem.br/ojs/index.php/EspacoAcademico/article/viewFile/10681/585>.

- CALDEIRA, R. C., 2011. *Os baluartes da tradição: o conservadorismo católico brasileiro no Concílio Vaticano II*. Curitiba: CRV.
- CANCIAN, R., 2016. Conflito Igreja-Estado no período da ditadura militar revisitando aspectos teóricos das abordagens institucionais. *Angelus Novus*, Ano VII (11), São Paulo: USP.
- CIFUENTES, R. L., 1989. *Relações entre a Igreja e o Estado*. 2. Rio de Janeiro: José Olympio.
- CONCÍLIO VATICANO II, 1965. *Constituição Pastoral Gaudium et Spes*. Sobre a Igreja no mundo de hoje. São Paulo: Paulinas.
- JUNIOR, M. P. A., 2018. Conservadorismo Católico na Era Vargas (1930-1945): liberais, integralistas e comunistas segundo Plínio Corrêa de Oliveira. *Revista Sem Aspas*. Araraquara, 7(1), 68-89, e-ISSN 2358-4238. DOI:10.29373/semaspas.unesp.v7.n1.jan/jun.2018.11880.
- LÖWY, M. , 1991. *Marxismo e teologia da libertação*. São Paulo: Cortez Autores Associados.
- MAINWARING, S., 2004. *Igreja Católica e política no Brasil (1916-1995)*. São Paulo: Brasiliense.
- MOREIRA, A. S. A., 2004. Teologia da libertação e o cristianismo social. En: LAGO, L.; REIMER, H.; SILVA, V., org. *O sagrado e as construções de mundo*. Goiânia: Ed. da UCG; Brasília: Editora Universo , p. 183-198.
- OLIVEIRA, P. A. R., 2011. A teoria do trabalho religioso em Pierre Bourdieu. En: TEIXEIRA, Faustino. *Sociologia da religião: enfoques teóricos*. Petrópolis: Vozes.
- PACE, E., 2018. Nem todos os caminhos levam a Roma. En: SEMÁN, Pablo. *Religião e Política em tempos de mudança*. São Paulo: Baioneta Editora.
- PAULO VI, P., 1967. *Carta Encíclica Populorum progressio*. São Paulo: Paulinas.
- PAULO VI. P., 1997. *Constituição Pastoral Gaudium et Spes*. São Paulo: Paulus.
- SEMÁN, P., org., 2018. *Religiões e Política em Tempos de Mudança*. São Paulo: Baioneta Editora. ISBN-10 8585338008.
- SILVEIRA, E. J. S., 2018. Padres conservadores em armas: o discurso público da guerra cultural entre católicos. *Reflexão*. Campinas, 43(2), 289-309. <https://doi.org/10.24220/2447-6803v43n2a4336>
- SOUZA, L. A. G. de, 2004. As várias faces da Igreja Católica. *Estudos Avançados* [en línea], 18(52), 77-95. ISSN 0103-4014. DOI 10.1590/S0103-40142004000300007. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0103-40142004000300007>.

TAVARES, R. de F. O., 2012. A Igreja Católica e a Política: o caso da Paróquia Sagrado Coração de Jesus (Pires do Rio, Goiás, 1964-1985). *Revista Fragmentos de Cultura - Revista Interdisciplinar de Ciências Humanas*. Goiânia 21(2), 267–288. DOI: 10.18224/frag.v21i2.1886. Disponible en: <https://seer.pucgoias.edu.br/index.php/fragmentos/article/view/1886>.